

No podemos negar que es tal el embeleso que tiene el language figurado, que no hay quien pueda resistir á su deleite; pero tambien se ha de tener presente que, ni la prosa es pintura como la poesía, ni el orador pintor como el poeta, á quien la filosofía da licencia para personificar todos los entes de la naturaleza, usando de aquel language animado, pintoresco y alegórico que fué el primer idioma de los humanos. Pero la prosa es mas cuerda y mesurada, y no admite sino en ciertos casos, ó para variar ó para vestir la desnudez de la verdad y de la razon con honesto y gracioso ropage, este estilo figurado, porque ha de haber modo en el uso, que es en todas cosas singular virtud. Y como en la composicion de este estilo entran los que llamamos *tropos*, ó para mayor espresion de nuestros pensamientos y afectos, ó por acrecentamiento de la oracion, ó para huir la torpeza ó malsonancia de algunos términos propios, ó para amenizar la sequedad del habla comun; trataremos de cada uno de ellos en particular.

ARTICULO II.

DE LOS TROPOS Ó TRASLACIONES.

Son los *tropos* unos modos figurados de hablar, por los cuales se aplica á una palabra un sentido que no es rigurosamente el suyo propio. Estas figuras se llaman *tropos* del griego *trope*, que vale lo mismo que vuelta ó conversion; pues cuando usamos de un término en acepcion figurada le volvemos, digamoslo así, para hacerle significar lo que no significaba en su sentido recto. *Vela*

en su sentido propio no significa *embarcacion*, pues solo es una parte de ella; y sin embargo decimos una *flota de cien velas* por decir de cien navios, tomando la parte por el todo.

USO Y EFECTOS DE LOS TROPOS. — Uno de los efectos mas sensibles y mas frecuentes de los tropos es de despertar una idea principal por medio de otra accesoria. Por eso decimos *cien fuegos* por cien casas, *mil almas* por mil personas, el *acero* por la espada, las *armas* por la milicia, la *pluma* por el estilo, la *lengua* por el habla, la *garganta* por la voz, etc.

Los tropos dan mayor energía á la espresion del pensamiento. Así el que está vivamente impresionado de un objeto, pocas veces se esplica con sencillez, porque la idea que le ocupa se le presenta con las otras accesorias que la acompañan, y entonces se sirve del nombre de aquellas imágenes que le representan las cosas. Por eso recurrimos naturalmente á los tropos, con cuyo auxilio hacemos mas sensible á los otros lo que nosotros mismos sentimos. De aquí nacen estos modos de hablar: estar *inflamado de cólera*: estar *embriagado de deleites*: vivir *encenegado en el vicio*: *desdorar su fama*: *despeñarse á un abismo de miserias*: *no conocer la cara al miedo*, etc.

Los tropos dan hermosura y gracia á la oracion, porque como sus espresiones vienen á ser otras tantas *imágenes*, divierten y halagan el ánimo del oyente. Tambien le dan mayor nobleza; por cuanto las ideas á que estamos acostumbrados en el trato comun, no pueden escitar aquella impresion de admiracion que arroba al espíritu. En estos casos recurrimos á las ideas acceso-

rias, que realzan é ilustran á las comunes: *Todos los hombres han de morir sin escepcion*; aquí tenemos un pensamiento comun con una frase tambien comun. Pero si decimos: *la muerte llama igualmente á la choza del pobre y al palacio del Rey*, sacaremos un pensamiento y una frase noble y animada.

Los tropos sirven tambien para templar, suavizar, y dorar las ideas duras, tristes, desagradables, é indecentes: de todo lo cual veremos egemplos tratando de la *perífrasis*.

Y como todos los idiomas padecen esterilidad en su diccionario para declarar todos nuestros pensamientos, los tropos en alguna manera los enriquecen, unas veces multiplicando el uso de una misma voz, y otras, dándola nuevo sentido, ya sea uniéndola con las que no podia juntarse en su significacion propia, ya sea usándola por medio de estension ó de semejanza.

En fin, sirven los tropos para poner en cierto modo ante los ojos aquellas *imágenes* que nos presentó la vivacidad con que sentimos lo mismo que queremos espresar: así decimos por semejanza: *corre como el viento—duerme como una piedra*; y por estension: *se deja arrastrar del torrente de sus pasiones—corre la voz—vuela la fama*. Todas estas espresiones son dictadas por los movimientos de nuestra imaginacion.

VICIOS DE LOS TROPOS. — Cuando los *tropos* no producen los efectos que acabamos de indicar, son viciosos. Ademas de claras y fáciles, deben ser estas traslaciones naturales, oportunas, adecuadas, y graves. En cualquier género de estilo es muy ridícula la afectacion y la incongruencia de los términos en la semejanza de dos cosas dife-

rentes. *Suministrarme el licor etiope*, dijo uno que iba á escribir, por no decir *tráeme tinta*; y llamó otro al espejo el *consejero de la hermosura*. De semejantes frases vemos embutidas las páginas de muchos libros y sermonarios, que por fortuna hoy no se leen, ni tampoco se podrian leer.

No se debe, pues, usar de los tropos sino cuando naturalmente nacen del mismo asunto, ó cuando las ideas accesorias los llaman, ó los pide el decoro: entónces agradan, porque se buscan sin la mira de agradar. Con este lenguaje que inventaron los *vates* para pintar sus pensamientos, se hermosea y alumbra la oracion, porque con él reciben alma las plantas, razon los brutos, vida las piedras, y cuerpo los pensamientos.

§. I.

TROPOS DE DICCION.

Como en las traslaciones se pueden considerar dos respectos, uno del simple uso de las palabras que componen el artificio, y otro de la sentencia que nace del enlace de ellas; hemos creído conveniente dividirlas en dos géneros, esto es, en tropos de diction, y en tropos de pensamiento, para mayor claridad de la materia.

Metáfora.

Llábase *metáfora* la traslacion del significado propio de una palabra á otro que no le conviene sino por una comparacion que el entendimiento hace de los dos. Cuando decimos la *luz del entendimiento*, la palabra *luz* que en su sentido

propio nos hace ver los cuerpos y objetos materiales, puesta aquí por traslación, representa aquella potencia de percibir y conocer que alumbra nuestra razón para formar rectos juicios. Del mismo modo llamamos á la lógica *llave de las ciencias*, por ser ella, así como la llave abre la puerta, la que nos abre la entrada á las demás facultades. La metáfora saca particularmente su valor de la fuerza de la comparación que siempre la acompaña; pero se distinguen entrambas, en cuanto la comparación se sirve siempre de términos que denotan la semejanza entre dos cosas: así decimos de un hombre colérico, *está como un león*, ó *está hecho un león* ó *parece un león*: mas si decimos simplemente *es un león*, entonces es metáfora pura, porque la comparación allí es implícita; quiero decir, está en el espíritu, y no en los términos. Cuando la metáfora guarda regularidad y concierto, no es difícil hallar la conveniencia de comparación; porque, del modo que ésta, es tan estendida y abierta cuanto lo son los objetos de la naturaleza, pues no hay vocablo cierto y propio de ente alguno que no se pueda transferir á lugar ageno. Mas, cuando la comparación que se encierra siempre en este *tropo*, es traída de mucha distancia, se comete una metáfora irregular; porque la traslación se ha de hacer de cosa cercana y fácil, pues se hace áspera y disonante cuando se deduce de lugar muy apartado, y cuando es tan oscura que tiene necesidad de esposición. Y así, para que no parezca agena del intento ó traída de lejos, se ha de mostrar luego la semejanza.

Debe nacer la metáfora de lugar hermoso, y de operación noble; y como la hermesura del

nombre está en el sonido ó en la significación, es vicio sacarla de cosas que en sí no tengan belleza, ni gracia ni lustre alguno. Y entonces llamaremos magnífica ó agradable y hermosa la oración por la metáfora, cuando aparezca en ella el ornato, y con él venga á ser juntamente clara. *La pobreza evangelica* (dice el P. Marquez), *que consiste en refrenar y apartar la afición de bienes del mundo, ha de luchar con la avaricia: y es gloria de esta virtud que se le haya fiado la victoria mas ágría del vicio mas robusto.*

Las metáforas deleitan á la imaginación, dando á los conceptos mucho mas esplendor y energía que si nos sirviésemos de las palabras propias: y sin duda resplandece mayor gallardía y gracia en la dición pintada que en la simple. Con las metáforas se labra, viste, y alumbra la oración, como si se sembrase y salpicase de estrellas. ¡Cuanta mas energía tiene esta espresion metafórica: *estaba sepultado en un profundo sueño*, que esta otra comun *estaba muy dormido*! Si decimos *con los vicios se quitó su honra*, hablamos un lenguaje simple; mas si decimos *con los vicios enterró su honra*; qué otra fuerza recibe con esta palabra *enterró* el mismo concepto! — *Es excelencia de la largueza salir al camino á la necesidad*, dice elegantemente un autor nuestro, pudiendo haber dicho *anticiparse* á socorrer al necesitado. — *En los panegíricos se descubren las virtudes, y se echa tierra á los vicios*, dice el P. Marquez. Se callan, se ocultan los vicios, podía decir; y es lo que quiso significar echándoles tierra, como quien tapa un robo, ó un cuerpo muerto, por temor de la justicia.

Dice un moderno escritor: *El Asia, cuna del*

género humano. ¡Qué noble y magnífica metáfora sacada de cosa tan humilde y pequeña, pudiendo decir el *Asia*, origen del género humano, expresión, aunque común, no innoble! La grandeza viene del mismo contraste, y de la novedad de la aplicación. — *En Turquía la cimitarra es el intérprete del alcorán*, dice otro, en vez de decir simplemente *en Turquía se prueba la religión con las armas en la mano*. ¡Qué valentía, qué acción, qué esfuerzo hay en aquella frase! No solo campea en la metáfora la palabra *intérprete*, sino que la acompañan otros tropos, como la Sinécdoque en la voz *Turquía* en lugar de los turcos, y la antonomasia en *cimitarra* por el arma blanca común entre aquellos musulmanes, y en *alcorán* por la fe ó creencia moslemítica. En lugar de decir de un modo ordinario y sencillo: *El valor en ciertas circunstancias ayuda al vicio, ó defiende á la virtud*, quiso decirlo otro escritor con elocuencia, esto es, con el ornamento y vigor de las metáforas: *El valor en ciertas circunstancias es la espada del vicio, ó el escudo de la virtud*. Aquí vemos al vicio y á la virtud personificados, y al valor convertido, ya en arma ofensiva, ya defensiva, deduciéndolo de los distintos oficios de ella.

Si pasamos á manifestar otra de las virtudes de las metáforas, hallaremos que también hacen dulce, blanda, y regalada la oración, cuando se deducen de objetos y términos tiernos, amenos, y apacibles. Hablando el P. Yepes de la determinación de Santa Teresa de dejar el siglo, añade: *Con esta determinación sentía dentro de sí una reñida y sangrienta pelea, porque el espíritu la llamaba y estimulaba á renunciar todas las co-*

sas del mundo, y el sentido le contradecía: y así peleaban en su pecho, como en estacada, estos guerreros. Pero con los buenos ejemplos que delante tenía, prevalecieron los buenos deseos; y así trató muy de veras consigo misma de mudar de vida y desteger la tela que había tejido la vanidad. Por otro estilo no menos dulce y mas ameno, dice el P. Nieremberg, hablando del enlace que forman entre sí todas las virtudes: *Como en cada virtud es diverso su motivo, hacen todas muy lucido alarde, y cada una trae su diferente librea. Pero, para que estuviesen mas fortificadas, las unió la naturaleza, y para que fuesen mas amigas quiso que estuviesen juntas, asidas de las manos unas á otras, tomándose palabra de juramento, de fe, y de paz.*

Por estos pocos ejemplos y por los muchos que se nos presentan en todos los libros y discursos escritos con elocuencia, es evidente que la metáfora tiene el privilegio y gracia particular de lucir por sí sola en la oración mas noble y culta; y sustituyendo lo figurado á lo sencillo, derrama en ella una rica variedad, eleva las cosas mas humildes, ilustra las mas comunes, y deleita la imaginación, tomando del mundo físico, con ingeniosa valentía y traza, objetos visibles y palpables, para traerlos al mundo intelectual, huyendo de los términos y signos ordinarios y usuales.

El uso de las *metáforas* es tan frecuente y general entre los hombres, que á causa de la imperfección de los idiomas en la esfera de la metafísica, casi todas las ideas intelectuales se han de manifestar con expresiones figuradas, es decir, con palabras, cuyo sentido propio representa cosas materiales. No se deben entender por tales

palabras, solo aquellas en que la metáfora es manifiesta como en estas: una casa *triste*: un jardín *alegre*; un razonamiento *frio*: mas tambien las que consideramos por mas simples y perceptibles.

El uso de las metáforas no es esclusivo de los oradores y poetas, pues comprende un estensísimo y floridísimo prado á donde todos los hombres, desde que dejaron la escritura emblemática, van á segar. Pero el orador y el escritor elocuente sabe escoger con feliz eleccion lo mas espléndido, lo mas rico, lo mas insigne, para mayor lustre, adorno, y realce de la elocucion, quando la expresion simple no es tan eficaz á su intento.

VICIOS DE LA METAFORA.—Las metáforas son viciosas quando se sacan de términos y lugares bajos, como la de aquel predicador que dijo: que *el diluvio fué la legía de la naturaleza*.—2.º Quando son forzadas, y arrastradas de término muy remoto, como la de aquel: *Nace el hombre con breve vida, como la flor, cuya cuna es la aurora, y su sepulcro el ocaso*.

3.º Quando la analogía entre el signo y la cosa no es natural, ni la comparacion bien perceptible, como la de aquel que dijo á su dama: *Bañaré mis manos en las ondas de tus cabellos*: y la de aquel otro: *¿quien en el bagel de la envidia embarca su fortuna?*

4.º Quando se sacan de objetos poco conocidos, ó demasiado científicos, que forman el culteranismo y el pedantismo, como la del que dijo: *desde el apogeo de su prosperidad*, por decir, ó mas bien, no querer decir; *desde la mayor altura, ó la cumbre de su prosperidad*.

5.º Quando las que no convienen sino al estilo y licencia poética, se introducen en el discurso

oratorio, en donde no se puede llamar *armónicos partos de la lira* á los sonidos; ni *doradas madejas del aurora* al resplandor del alba.

6.º Quando se sacan de objetos inhonestos, ó torpes por su sonido, ó significacion, ó interpretacion maliciosa, como la de aquel que dijo: *Con la muerte de Escipion quedó castrada la república*; pudiendo haber dicho *quedó huérfana*. De la virginidad de MARIA en su parto portentoso dijo otro: *Virgen que sin perder la flor nos diste el fruto*. Tampoco sonaria bien en un escrito ó discurso serio, decir de un pueblo ó país donde suele llover mucho: *es el orinal del cielo*; aunque vulgarmente se dice así, y con mucha propiedad.

7.º Quando se toman de objetos opuestos, ó repugnantes, ó de términos incoherentes de comparacion, esto es, que despiertan ideas que no se pueden ligar, como si dijéramos *un torrente que se enciende*, en vez de que se precipita; ó bien *era un leon con la espada en la mano*, pudiendo decir era un Cid ó un Bernardo del Carpio. Dice cierto poeta: *saqué esta antorcha de Marte*, disfrazando la *espada* con esta violenta y oscura metáfora. ¿Qué conveniencia tiene la *antorcha*, que alumbra, con la *espada* que corta? Y ¿qué necesidad hay de representar con rodeos y frases metafóricas las cosas materiales y conocidas, quando sus nombres son bien sonantes? Las metáforas sirven para hacer en algun modo visible lo que no está sujeto á los ojos, y como palpable lo que no tiene cuerpo, ¿qué cosa, pues, mas visible y palpable que una espada? ¿Que palabras nos representará con mas verdad y evidencia una *cueva* que su mismo nombre? ¿Como la cono-

rémolos con la definicion figurada y ridícula de *bostezo de los montes* que le dió un poeta? Y ¿cómo entenderémos que el *aspid de metal* era el arcabuz, en pluma del otro?

Solo pueden ser tolerables las metáforas de esta naturaleza, cuando se suaviza lo duro, lo extraño, ó muy nuevo de ellas, dándolas la forma de comparacion, y sea esta: *El Ganges viene á ser como una lágrima del océano*. Otras veces se les añade un correctivo, como en esta, *el arte está, por decirlo así, ingerto en la naturaleza*.

8.º Las metáforas son viciosas cuando por su profusion y amontonamiento hacen pesada y confusa la oracion, en lugar de adornarla é ilustrarla. Véñse siempre con buena discrecion y repartimiento, aun en los asuntos que de suyo las piden. La materia debe traerlas, no arrastrarlas la violencia, ni la ridícula pretension de empedrar, digamoslo así, el estilo de metáforas. Y ¿qué nombre darémos al estilo y al escritor, cuando estas son hinchadas, tenebrosas, é incoherentes? como lo de aquel autor del siglo XVII, edad de la última depravacion del gusto, cuando dice de Semíramis: *Esta, pues, matrona, que solo nació muger para no hallar de que morir, encaneeciendo á la llama de su fragilidad cuantos laureles, huyendo de las tibiezas del olvido, aspiraron á las inmunidades de su frente.* ¿Era fiebre ó locura, la que podia dictar tales desvarios?

Cuando se eslabonan muchas metáforas seguidas en una misma oracion, y cada una forma por sí un sentido perfecto y una frase cumplida, no es siempre necesario que se saquen de un mismo y solo término, á ménos de que se quiera hacer una alegoría. Así podremos decir: *la agricultura*

y el comercio son los dos pechos que alimentan el estado: sobre estas dos bases descansa el edificio de la república. Aquí vemos que el término de comparacion de la primera frase es tomado de las nodrizas que crian, y el de la segunda de la arquitectura. — Así dice el P. Nieremberg: *La firmeza de la felicidad y quietud solo á la virtud tiene por cimiento: sin ella todo es un trasiego de deseos y esperanzas, con iguales heces de pesares: todo es luchar con las amargas olas de la inestabilidad.* Tres son las proposiciones de esta oracion, y cada una saca su término de comparacion de objeto diferente, sin confundir ni contradecir á la sentencia principal.

Sinécdoque.

La palabra Sinécdoque significa comprension ó concepcion: pues por medio de esta figura se hace concebir al entendimiento ya mas, ya menos de lo que significa en su sentido recto la palabra de que usamos. Este *tropo* se comete de muchos modos.

1.º Tomando un individuo en lugar de muchos, como cuando decimos: *El soldado defiende la patria: El enemigo huyó: El turco es serio:* por no decir los *soldados*, los *enemigos*, los *turcos*. Tambien se comete, al contrario, tomando el número plural por el singular; así se dice: Los *Ambrosios*, los *Cicerones*, los *Platonos*, los *Plutarcos*; pero solo se nombran en plural estos personajes, cuando para autorizar alguna doctrina, se citan muchos juntos, y no uno en particular. Del mismo modo decimos los *Alejandros*, los *Césares*, los *Anibales*, cuando los nombramos

por egemplos de la pericia en el arte militar , en confirmacion de algun hecho histórico.

2.º Tomase la parte por el todo , como cuando decimos : *cien quillas* por cien navios : *cien cabezas* por cien personas ; las *olas* por el mar ; el *Nilo* por el Egipto , el *Tajo* por la España. En este sentido dice un autor : *Los Califas de Damasco vieron correr el Ganges , y el Tajo bajo su imperio* ; es decir que dominaron desde la India hasta España. Diremos bien *los moradores del Bétis* , por los de Andalucía : *tocó al arma el parche* , por el tambor ó la caja. —Y al contrario , cuando tomamos el todo por la parte : *relucian las picas* por los hierros de ellas , que son las puntus.

3.º Tomando el género por la especie : asi decimos : *¡ O necios mortales !* (nombre que conviene á toda criatura sujeta á morir) en lugar de *¡ ó necios hombres !* Llamamos asimismo *bruto* al caballo , sin embargo de convenir aquella voz á muchos animales cuadrúpedos. Tambien tomando lo mas por lo menos , como : las *criaturas llo-ran* , por los pequeñuelos de pecho.

4.º La especie se toma por el género , como cuando llamamos *deshonesta* á una persona viciosa : es un *pollino* , por decir á un hombre rudo que es un animal , viniéndole á llamar lo menos por lo mas.

5.º La materia se toma por la obra ó instrumento , como el *acero* , por la espada ó el puñal ; la *plata* y el *oro* por la moneda. Y al contrario , la obra se toma otras veces por la materia , diciendo : un buen *libro* , por la bondad del estilo ó del asunto.

6.º Los antecedentes se toman por los consecuentes , como : *Pedro se cansó de vivir* , esto

es , *murió*. *Fuimos godos* , por decir , el imperio godo se acabó. *Aquí fué Numancia* , esto es , quedó destruida. Al contrario , tambien , los consecuentes se ponen en lugar de los antecedentes , como : *los graneros rebosan* , por la abundante cosecha : *los campos piden agua* , por decir que no ha llovido : *la Alemania se arma* , es decir , amenaza una guerra : *la Siria vió las banderas cruzadas* , lo mismo que , los cruzados llegaron á ella. Pertenecen á este género de locuciones otras frases delicadas , como esta en elogio de un sabio que murió tan bien como habia vivido : *su fin no fué indigno de su vida*.

Despues de todos estos egemplos se debe advertir : que no siempre es permitido tomar una palabra por otra indistintamente. Las locuciones figuradas deben estar en cierto modo autorizadas por el uso , y á lo menos el sentido literal que se pretende dar á entender , ha de presentarse naturalmente al entendimiento , sin ofender la razon , ni los oidos , acostumbrados al rigor y propiedad del estilo figurado. No todas las partes de una cosa se toman por el todo , ni cada género por la especie , ni cada especie por el género , etc. : solo el uso da este privilegio á una palabra y no á otra.

Así , pues , se debe considerar como viciosa la Sinécdoque cuando se toma de una lengua muerta , donde estaba autorizada , y se traslada indiscretamente , ó por una afectada erudicion , á la nuestra que no recibe todas las locuciones figuradas de los antiguos. Unas se admiten , y otras no ; y de estas puede la poesía adoptar muchas que repugnan á la prosa : en esta eleccion se conoce el juicio y conocimiento del escritor en el